

¿Existe un futuro para la Vida Consagrada?

Simón Pedro Arnold o.s.b.

Durante muchos años, desde el Concilio Vaticano II, la Vida Consagrada, dentro de todo el movimiento de aggiornamento eclesial, dedicó inmensos esfuerzos a su renovación, muy particularmente en América Latina. Sin embargo, esta valiente conversión no produjo los frutos esperados. Hoy en día, nuestras comunidades envejecidas, con escaso relevo y atravesando una crisis interna profunda de confianza, se plantean una serie de graves preguntas. La primera es un enorme “¿porque?”. La segunda podría ser: “¿Qué nos espera?”. No pretendo dar recetas-milagro para responder a estos interrogantes, sino proponer algunas claves hermenéuticas para interpretar la coyuntura que atravesamos, y, sobre todo, abrir algunas pistas prometedoras de esperanza alternativa.

Antes de emprender un itinerario más detenido al interior de la densa problemática que afrontamos, quiero, primero, retomar las dos preguntas de manera general y ampliarlas con otras que, ojalá, permitan proyectar alguna luz nueva sobre nuestras preocupaciones.

A la cuestión del “¿Porque?” aportaría aquí algunos elementos más. Por cierto, existen conocidos motivos internos que explican nuestro progresivo declive. Los he señalado muchas veces en el pasado¹. Estos conciernen nuestra inconsciente clericalización, nuestra asunción implícita de los valores burgueses, nuestra inconsistencia moral y el empobrecimiento de nuestra vida espiritual y de fe. No conviene repetir estas quejas, con el riesgo de desanimarnos.

En cambio, me parece hoy que existe un reto global, más allá de esas explicaciones. Creo que hemos emprendido todas estas reformas sin percatarnos que el planeta religioso en el cual no movíamos había cambiado y estaba, incluso, desapareciendo. Todo se dio como si se tratara simplemente de cambiar de actitudes y de formas, con la convicción que el piso social, cultural, religioso e histórico en el cual nos movíamos seguía constante.

El despertar actual es doloroso. Nos han cambiado el planeta y su mapa y, en ellas, hacemos las veces de marcianos recién aterrizados, sin saber cómo movernos adecuadamente en el contexto postmoderno, postreligional. El Mundo se maneja, ya no a partir de nuestras categorías, sino desde los Nuevos Paradigmas. Este despertar no sólo interpela nuestra buena voluntad moral y

¹Ver Simón Pedro Arnold: *El riesgo de Jesucristo*. Bogotá 2003, *Tú Sígueme*. Cochabamba 2005, y *¿Adónde vamos?* Lima 20012.

espiritual. Implica una transformación mental radical, una muerte y resurrección mucho más costosas que las anteriores reformas.

A la luz de esta constatación, la segunda pregunta sobre nuestro futuro se vuelve mucho más seria. La cuestión es doble: ¿podremos vivir el proceso de crisálida religiosa y cultural exigido por los nuevos tiempos? La respuesta depende de una segunda pregunta: ¿la Vida Consagrada tiene sentido en este nuevo contexto y a qué condición?

No soy profeta y no tengo las respuestas en mi bolsillo. Pero, como consagrados y consagradas, se supone que somos expertos en apostar por lo imposible. Tal es el sentido de nuestros votos. Por lo tanto, opto, en estas páginas, por la apuesta de la fe y desde esta apuesta abordo mi propuesta en las páginas que siguen.

Lo único que sé es que la política del avestruz es un suicidio. Dedicarnos a los remanentes de Cristiandad que subsisten en nuestro continente, aunque por poco tiempo, es una ingenuidad culpable. Dios está siempre delante, es decir en lo real, y no atrás, en la ilusión y las nostalgias. Es el tiempo del coraje y de la fe.

Las diferentes dimensiones de una crisis global

Conforme a mi invitación, propongo interrogar el momento crítico que atravesamos como un “Kairos”, es decir una oportunidad profética de reencontrarnos con nosotros mismos.

Una crisis sociológica.

Aunque sea el aspecto más superficial, un simple síntoma externo de nuestras verdaderas dificultades actuales, nos detenemos a menudo en el nivel sociológico de nuestra crisis. En efecto, aún si nuestras instituciones parecen poder reflorar en ciertas partes del Mundo, como África o ciertos países religiosamente emergentes de Asia (como Corea o Vietnam), no podemos negar un inexorable movimiento de envejecimiento de nuestras comunidades y una falta de reclutamiento, que parecen poner en riesgo el mantenimiento de nuestras obras.

Tal angustia sociológica refleja, a mi parecer, una doble falta de visión. La más grave concierne nuestra fe. En el fondo, reducimos la acción del Espíritu a las cifras. Si estas son humanamente desfavorables, nos invade el sentimiento de una muerte cercana, absurda, sin abrirnos al llamado a escuchar, desde allí, la novedad del Evangelio en nuestro hoy.

La falta de fe nos lleva también a cultivar una nostalgia del pasado. Sólo nos justificaría, de cierta manera, el “statu quo” y todo lo que lo conforta. Así, el auge de vocaciones en las Iglesias jóvenes toma formas, en no pocas oportunidades, muy clásicas y hasta conservadoras. ¿Es tan cierto que África o Corea salvarán la Vida Consagrada? La respuesta no es evidente de cara a la transformación rápida y universal del Mundo y de las mentalidades. Sin despreciar estas alternativas, ¿acaso no contribuirían también a postergar nuestra urgente y radical transformación? Definitivamente, la medida sociológica, mirada exclusivamente desde dentro y con perspectivas continuistas y conservadoras, no es un buen criterio de discernimiento. Sólo nos puede servir si las cifras nos abren a una lectura nueva de nuestras presencias en el Mundo y la Iglesia y a sus nuevas interpelaciones.

Una crisis carismática.

El papa Francisco denuncia muchas veces el clericalismo como un pecado de la Iglesia. Esta afirmación es doblemente cierta para la Vida Consagrada, radicalmente laica por carisma, y llamada a reivindicar la prioridad del Pueblo de Dios en la Evangelización. Sin embargo, desde demasiado tiempo, y especialmente en América Latina, nuestra autoimagen y nuestra autocomprensión se han vuelto clericales. Este a-priori afecta tantonuestro propio inconsciente como el imaginario del pueblo cristiano.

En esta línea, nuestra vida carismática se reduce al quehacer de nuestras congregaciones y familias religiosas. La fidelidad al carisma se mide a la eficacia institucional de nuestras obras.

La desviación clerical del carisma, a su vez, nos lleva a una práctica competitiva. Si el carisma se confunde con el quehacer específico de nuestro grupo, nos urge más convencer a los candidatos, así como a los beneficiarios, de que les somos indispensables, en vez de privilegiar la dimensión testimonial de nuestra vida. Perdemos de vista, de esta manera, el verdadero fundamento profético del carisma común de la Vida Consagrada, por el cual nuestros quehaceres específicos, siempre segundos, cobran sentido.

Una crisis de sentido y de fe.

Los desplazamientos señalados en los párrafos anteriores explican porque, finalmente, sentimos tantos sinsabores y como una pérdida creciente de ilusión y de sentido. Al privilegiar lo más exterior de nuestra misión y de nuestra vocación, nuestra vida espiritual y nuestra fe se han vuelto, muchas veces, rutinarias y poco creativas.

La vivencia de los votos, en particular, no puede alimentarse y sustentarse con el prestigio y la seguridad de las cifras ni del quehacer competitivo y clerical. Reavivar la dimensión profética y

escatológica de nuestra vocación implica necesariamente un volver a la centralidad de la oración y de la vida mística. El fundamento de los votos es esencialmente místico, antes que propiamente carismático, al menos en el sentido “utilitarista” denunciado más arriba.

Sobre esta falta de sentido se articulan las diferentes crisis morales que atravesamos en el plan de la sexualidad, del poder o del manejo de la propiedad y de los bienes materiales. Nuestras fallas morales se enraízan en nuestra confusión mística.

La crisis como revelación.

El análisis que realizamos aquí no es un lamento. Todos los profetas de Israel y de la Iglesia surgieron en momentos como los nuestros, cuando las antiguas recetas se habían agotado y que el “statu quo” ya se había vuelto inviable.

Estamos en una coyuntura profética que nos invita a levantar la mirada, para realizar una lectura escatológica del momento. Como lo señalaba más arriba, el planeta y su mapa han cambiado. El agotamiento de nuestros antiguos recursos es la gran oportunidad para acoger las nuevas consciencias que surgen en este cambio de época.

Todas nuestras fundaciones encontraron su terruño en la íntima convicción de tener que dar testimonio para un tiempo nuevo. Por el contrario, nuestras decadencias y extinciones, a lo largo de la Historia, siempre se han dado en momentos de grandes transformaciones que ponían en tela de juicio nuestras prácticas y privilegios adquiridos. Momentos que no supimos acoger como un llamado de parte de Dios. De nuestra respuesta, de nuestra acogida, en este momento radicalmente nuevo, depende nuestra muerte o nuestro renacer.

La teología de la Vida Consagrada, desde unos años, nos invita a la audacia de nuevas exploraciones, tanto desde América Latina como desde el Norte. Mucho se habla de los Nuevos Paradigmas² como de una urgente invitación a recrear nuestros lenguajes y estilos.

En el mismo movimiento, se nos empuja a investigar lo que implica el paradigma “postreligional” de hoy para la Vida Consagrada³. Algunos sectores han empezado a trabajar una teología específica de la sexualidad con todos los desafíos de esta importante dimensión de lo humano⁴ en el contexto postmoderno.

²Ver José María Vigil y Roger Lenaers.

³Ver *Hacia un paradigma pos-religional*. Propuesta de EATWOT (Comisión teológica internacional ecuménica) 2012.

⁴Ver la teología Queer.

Desde América del Norte, mujeres religiosas teólogas, como Elia Delio o Elizabeth Johnson, indagan más en los espacios de las conciencias evolutivas y de una nueva eco teología.

Todas estas pistas, con todo lo provisional que puedan parecer en este momento, no pueden ser descartadas en nombre de una fidelidad conservadora a concepciones, cosmovisiones y hasta Teo visiones obsoletas. Es la hora de la escucha. Como el escriba evangélico, la Vida Consagrada está llamada a explorar, en su tesoro, lo viejo y lo nuevo.

La Vida Consagrada, bisagra entre Cristianismo y Cristiandad

El Cristianismo no es una religión. Jesús nunca quiso salir del Judaísmo para inaugurar otro sistema de referencia religiosa. En este sentido, sin ser ni anti, ni arreligiosa, la Iglesia primitiva tiene otras prioridades, más allá del culto o del discurso doctrinal y normativo. Nos atrevemos a decir que, en su fundamento, el Cristianismo es “suprareligioso”. El anuncio del Reino no es propiamente religioso y sus desenvolvimientos postpascuales harán de la Iglesia un espacio propiamente interreligioso⁵.

Un humanismo cristiano.

No es por casualidad que el único título mesiánico que, al parecer, Jesús escogió para sí mismo, es Hijo del Hombre. Detrás de esta expresión misteriosa, a la vez histórica y escatológica⁶, el Reino se nos presenta como una gran utopía de nueva Humanidad⁷. El Cristianismo es, ante todo, un Humanismo a la manera de Dios.

Esta propuesta de ser divinamente humanos se expresa de múltiples maneras en el Nuevo Testamento. Sólo en la Humanidad de Jesús podemos conocer al Padre, como se le advierte a Felipe. Sólo en la precariedad de los pobres se puede servir a Dios nos dice Mateo 25. La Samaritana de Juan 4, por su parte, experimenta la nueva trascendencia del Sinaí en un hombre sediento y cansado, sentado al borde del pozo.

Las nuevas relaciones humanas son la gran tarea de la Iglesia. Este es su razón de ser y su carisma por excelencia. Iglesia, escuela de Humanidad Nueva: tal es la intuición de Jesús al reunir entorno a Él hombres y mujeres sencillos y de horizontes diversos.

⁵Ver la decisión del Concilio de Jerusalén de no imponer condiciones religiosas del Judaísmo a los conversos venidos del paganismo.

⁶Ver el profeta Daniel y el Apocalipsis.

⁷Ver la cristología de González Faus.

La comunidad: prototipo revolucionario.

La Iglesia instaurada por Jesús no es un objetivo en sí. Es el prototipo y el taller de estas nuevas relaciones, la inauguración revolucionaria de un Mundo diferente. En esta comunidadde Reino, las jerarquías y sus ideologías legitimadoras se voltean.

El maestro se hace servidor, en vista a instaurar una república de amigos donde no haya más esclavos. El niño y la mujer pasan del margen infrahumano donde los colocaba la sociedad patriarcal, al centro de la nueva sociedad.

El pecador, el extranjero y todos los excluidos cohabitan en un nuevo espacio plural donde los absolutos religiosos, como el sábado y la normas de pureza, pasan a un segundo plano, totalmente dependiente del criterio de Humanidad de Reino.

De la tentación a la traición religiosa del Cristianismo: la Cristiandad.

La tentación de hacer de la Iglesia una nueva religión está en germen desde los orígenes. Santiago y Juan ya se preocupaban de las fronteras entre miembros y no miembros del grupo. El afán de jerarquía es omnipresente hasta en la última cena. La dificultad de acoger la libertad evangélica se manifiesta en temáticas muy precisas como los ricos, el divorcio, los niños, las mujeres etc. El debate religioso entre discípulos es casi permanente.

Este intento de recuperación encontrará su punto de tensión más álgido en el concilio de Jerusalén donde Pablo y Bernabé se enfrentan con el ala judaizante de la comunidad de Jerusalén sobre asuntos legales y rituales típicamente religiosos. En esta oportunidad la profecía y la libertad cristiana ganarán la batalla.

Sin embargo, ya en la segunda generación, con las cartas Pastorales a Timoteo y Tito, la tentación religiosa cobrará su revancha. Las prioridades de la comunidad se desplazan sutilmente hacia categorías netamente religiosas.

La persecución religiosa de la Iglesia primitiva, tanto de parte del templo como de la religión imperial romana, fue, en un primer tiempo, la oportunidad de asentar en el testimonio del martirio el carácter suprareligioso del Cristianismo. Pero, muy pronto, esta amenaza inspiró una actitud nueva de los cristianos. Se trataba de conseguir espacio religioso en el Mundo helenístico.

Todo estaba maduro para el surgimiento de la Cristiandad con la oficialización de la Iglesia como religión del Imperio, bajo Constantino. La traición de la intuición humanista primitiva era consumada. El Cristianismo se había vuelto Cristiandad, es decir sistema religioso específico.

La Vida Consagrada como protesta del Reino.

En este contexto, surge la Vida Consagrada, con el inmenso movimiento de ruptura monástica. Desde la convicción que el Cristianismo es algo distinto de una simple religión entre otras, un grupo de laicos y laicas reivindican el carácter martirial y profético, suprarreligioso, del Cristianismo. De alguna manera, somos, desde entonces, el aguijón plantado en la carne de la Iglesia, cada vez que esta cae en la tentación de olvidar el Reino y de privilegiar la institución religiosa.

A lo largo de la Historia de la Iglesia, los religiosos y las religiosas recuerdan dolorosamente a la Iglesia su fundamento. Las formas que toma su protesta varían en función de las expresiones que asumen los desvíos religiosos del sistema de Cristiandad a lo largo del tiempo y las urgencias propias de cada época. Pero el grito es uno.

Esta constatación nos permite afirmar que la Iglesia necesitará siempre de este aguijón hasta que la Cristiandad se transfigure definitivamente en Reino, al fin de los tiempos. Jesús ya se preocupaba de ver la sal perder su sabor y la luz escondida bajo la cama. Si la propia Vida Consagrada se clericaliza y se vuelve la aristocracia del sistema religioso de Cristiandad, traicionamos nuestro llamado propio.

El futuro pascual de la Vida Consagrada

La oportuna crisis de clericalismo que atraviesa nuestra Iglesia es una poderosa invitación a volver a nuestros orígenes suprarregionales, al humanismo cristiano fundador. En este proceso de retorno, la Vida Consagrada puede y debe jugar un papel esencial. Pero sólo lo podrá hacer si acepta despojarse de sus propias cadenas clericales.

Recrear los votos.

La intuición que se plasmó, poco a poco en la teología de los votos, tenía que ver con el espíritu de ruptura. Pero, con el tiempo, la mutación de la Cristiandad y la clericalización de la Vida Consagrada, llegaron a expresar prácticamente lo contrario.

Es indispensable volver a darles a los votos su sabor primitivo de ruptura y de protesta. En el caso nuestro, se tratará, primero, de una ruptura con nosotros mismos y nuestras derivas institucionales. La protesta concierne nuestra propia traición del humanismo de Dios, del Reino, del genio profético y superarreligional del Evangelio.

Tal “recreación” de los votos será un acto heroico y voluntario de conversión histórica. Tiene que ver con la coyuntura postreligional en la cual nos encontramos en esta nueva cultura.

Reformular los votos en categorías no clericales, nos va a costar. Exige silencio, una desapropiación de a priori inconscientes, para debatirnos, como los primeros monjes, en la incertidumbre de una intuición fundante sin formulación satisfactoria. El desierto canónico es, probablemente, el territorio que deberemos atravesar para llegar al oasis de Reino que pueda expresarnos adecuadamente.

Volver a la experiencia del discipulado.

La gran novedad, la gran sorpresa del Evangelio, se expresa en la experiencia del discipulado. Desde la total ignorancia, una especie de no creencia de partida, los primeros auditores de Jesús se dejaron sorprender, seducir y, para algunos, llevar por esta palabra diferente, estos gestos liberadores, esta utopía de una Nueva Humanidad.

La Vida Consagrada participa de este acontecimiento, de este éxtasis, conversión y caminata espiritual que llamamos discipulado. Nuestro renacimiento pasa por los pies de los discípulos, caminando de sorpresa en sorpresa en el seguimiento de este inédito nazareno.

Despojándonos de toda la carga ideológica acumulada por los siglos sobre nuestro modo de vida, es la hora de volver a nuestra intemperie nativa en los caminos aventurados de Galilea y del Mundo. Nuestra fe es, ante todo, un encuentro concreto y afectivo a la vez, una seducción por una persona más que una adhesión a un mensaje. Es en el reencuentro con un discipulado nómada que podremos también reanudar con nuestra misión de bisagra entre Iglesia y Mundo.

Lo que, en otras oportunidades, llamé una eclesiología en tensión, a propósito de la Vida Religiosa⁸, se puede entender en las categorías del discipulado en los caminos del Mundo. Desde ahí, se interpela a la Iglesia entera (por lo tanto, a nosotros y nosotras mismos) sobre su fidelidad de discípula, así como sobre su misión de formar discípulos, como nos lo recuerda el documento de la Conferencia de Aparecida.

Reconciliar la experiencia carismática con la mística.

Al iniciar esta reflexión, denuncié una comprensión perversa de la dimensión carismática de nuestra vocación, centrada exclusivamente en la competitividad de nuestros quehaceres. El carisma se reduce, en este sentido, a una excelencia profesional más o menos exclusiva.

⁸Ver Simón Pedro Arnold: *¿Adónde Vamos?* Lima 2012.

Esta especialización carismática nos ha privado del carisma común y fundador de la Vida Religiosa: la profecía. Nuestros quehaceres especializados, no son más que consecuencias, expresiones, hasta diría pretextos y “pasatiempos” que, si no están íntimamente relacionados con la profecía, nos distraen de nosotros mismos. Al separar carisma y mística, nuestra oración se vuelve rutinaria y chatamente cumplidora y nuestra vida carismática pierde su filo alternativo.

El fundamento del carisma es, definitivamente, la experiencia mística surgida del seguimiento apasionado de Jesús. “Ama y haz lo que quieras”, decía San Agustín. El amor místico es, a la vez, la fuente de la fecundidad carismática y la garantía del enraizamiento de nuestra vocación en el terruño de la fe de discípulos y discípulas.

Más urgente es reencontrarnos con nuestro carisma común que precisar lo que nos diferencia. La contemplación es el espacio común privilegiado donde nos reencontramos todos y todas como hermanos y hermanas. Somos todos y primero contemplativos y contemplativas, testigos del encuentro fundante de Jesucristo.

Misión, escuela de discipulado

Lo afirmado más arriba, a propósito del carisma, nos convence de la urgencia de replantear nuestra misión a la luz del testimonio de discípulos y discípulas. Más allá del servicio a la Humanidad y a la Iglesia, cualquier sea su calidad, su eficacia y su urgencia, la clave de toda misión es el “vengan y vean” del cuarto evangelio y el concomitante “vean como se aman” de Tertuliano.

La cercanía del Reino.

Nuestro ministerio es, ante todo, de presencia del Reino. Se trata de revelar la cercanía del Reino, escondido misteriosamente en la Historia humana y en las relaciones, y hecho más visible por la presencia de nuestras comunidades y su testimonio.

Si este ministerio de presencia falta a nuestra misión, “puedo entregar mi cuerpo a las llamas”, dice san Pablo, “esto no sirve para nada”, a la medida del Reino. Esta prioridad implica privilegiar la pastoral del intercambio y de la comensalidad, la mesa donde se hace carne la paz compartida⁹. No es que traigamos el Reino con nosotros y nosotras para entregárselo. Está por descubrir y revelar en medio de los hombres y mujeres de paz, cualquier sea su situación cultural, social o religiosa.

⁹Ver la misión en Lucas 9 y 10.

En el contexto actual, dos coyunturas nos urgen a desplazar radicalmente nuestra mirada misionera. Primero, muchas de las tareas que asumimos en el pasado, como religiosos y religiosas, son hoy responsabilidad de la sociedad civil y de los Estados. Educación, Salud etc. tienen sus apóstoles eficientes y convencidos en otros espacios, y no necesitan de nosotros y nosotras. No quita que tengamos que estar presentes en estos espacios de otra manera, como testigos específicos de la profecía evangélica. Ministerio de la presencia, una vez más.

Pero, la segunda dimensión de esta coyuntura es aún más interpelante. Nuestra implicancia en la excelencia y la competitividad profesional, supuestamente en nombre de nuestro carisma congregacional, no está lejos de habernos robado el alma. Muchos se preguntan ¿para qué ser religiosos o religiosas para realizar lo que un laico podría asumir con tanta o más competencia y convicción cristiana que nosotros?

Un espacio de diálogo.

Urge releer nuestra misión no tanto como “servicio” sino como “oportunidad” para el Mundo y la Iglesia. No se trata ya de responder a necesidades, sino de abrir espacios de encuentro, escucha, oración y diálogo sobre los grandes y nuevos desafíos de esta sociedad.

Desde el Concilio, hemos intentado, con valentía, dialogar con nuestra realidad. Pero la propuesta va más allá. Antes que dialogar con el Mundo, se trata de abrirle espacios de diálogo, de búsqueda y construcción mancomunada de sentido con otros y otras. Nadie, hoy, tiene las respuestas ni las recetas. Pero podemos proponer y ofrecer nuestra tradición y nuestro carisma como espacios abiertos de acogida de preguntas, angustias, como laboratorios para ensayar una Nueva Humanidad a la luz del Evangelio.

En este ministerio de hospitalidad simbólica, nuestra marginalidad religiosa es una ventaja. No proponemos un discurso prefabricado al que habría que adherir forzosamente. Se nos devuelve así a nuestra vocación primitiva de buscadores y buscadoras de Dios.

Rehacer la experiencia del discipulado.

Si la Vida Religiosa es protesta del Reino en medio del Mundo y de la Iglesia, nuestra misión fundamental, cualquiera sea nuestra sensibilidad carismática particular, es proponer y propiciar una escuela de discípulos y discípulas.

Si el discipulado es la razón de ser de nuestros votos y de nuestra vida en comunidad, se vuelve, a su vez, razón de ser e hilo conductor de nuestra misión. En medio de la crisis de la sociedad y de la

Iglesia, proponemos el reto de reemprender, con otros y otras, la caminata desde Cafarnaúm hasta Jerusalén y de Jerusalén hacia los confines culturales del Mundo de Hoy.

Eso mismo es lo que las primeras generaciones cristianas llamaban el Kerigma. Se invitaba a compartir la asombrosa experiencia de Jesucristo. No se trataba de comunicar un discurso, un contenido al que adherir. El kerigma es contagio, no propaganda. Si Jesucristo nos sedujo, nos convirtió y nos convenció, irradiará, casi a pesar nuestro, en el entusiasmo comunicativo de nuestra propia resurrección.

Reanudar con esta misión original nos llevará, por seguro, a una muerte y a una recreación desde cero de nuestro lenguaje, de nuestros estilos y, ¿porque no decirlo? de todo nuestro ser de religiosos y religiosas. Hay que morir para poder vivir, dice Juan. Esta es nuestra hora.

Conclusión

Retomo, al concluir estas reflexiones, la pregunta de partida: ¿existe un futuro para la Vida Consagrada? Pero, inmediatamente, quiero añadirle otra: ¿existe una Vida Consagrada abierta a este futuro?

Si somos el aguijón en la carne de la Iglesia, ésta siempre necesitará de nosotros y nosotras. Pero “cuando venga el Hijo del Hombre, ¿encontrará fe en el Mundo?”. Si nos agarramos de nuestros reflejos y seguridades clericales, si no estamos dispuestos a soltar para arriesgar un retorno radical a lo nuestro, otros y otras tomarán nuestro lugar, como lo advierte Jesús en las parábolas del Reino.

El aguijón de la Vida religiosa ¿acaso está lo suficientemente afilado, o perdió su filo en la larga sucesión de nuestros acomodamientos históricos? Es el tiempo de afilar la llama para que pueda, de nuevo y a lo nuevo, atravesar la carne de la Iglesia y nuestra propia carne.